

Antología II Ciclo,
para fomento de la lectura,
según acuerdo del CSE N° 04-36-2017
y Orientaciones pedagógicas para el 2023.

Licda. Ana Yancy Mejía Vindas
Asesora Regional de Español

2023

“Encendamos la esperanza.”

Tel.2777-90-00. Ext 230 Quepos, El Invu, Calle Manuel Antonio, 75 metros sur del Gimnasio Mucho Músculo, Edificio
Manuel Antonio States. Provincia Puntarenas.

DRE.Aguierre@mep.go.c

Centro educativo

Lecturas para II Ciclo

Nombre del estudiante:

Nombre del docente

Año escolar: _____

2023



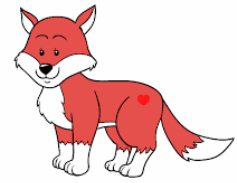
Índice	
Texto	Página
Portada	1
Índice	2
Fábula: La zorra y el leñador	3
Fábula: La zorra y la serpiente	3
Poesía: A Margarita Debayle	4
Poesía: Cuando el abuelo le dijo cómo era el arcoíris	7
Leyenda: Las Brujas del Puente Negro	8
Relato indígena: Cercas de púas en su corazón	9
Cuento: Tío Conejo y Tía Boa	10
Cuento: Uvieta	12
Cuento: El pájaro del dulce encanto	17

Notas para el docente:

1. Faltar incluir el género literario novela en esta antología.
2. En cuanto a la dosificación de lecturas para Primer Ciclo y Segundo Ciclo, se ha definido un número mínimo de textos literarios que han de ser leídos a lo largo del curso lectivo: en I Ciclo: mínimo seis textos (al menos dos por periodo) y en II Ciclo, mínimo nueve textos (al menos tres por periodo). A este tenor, se insta a cumplir con lo estipulado en el acuerdo 02-30-2005, CSE N° 04-36-2017 y Orientaciones pedagógicas 2023, combinar los veinte minutos de lectura con las dos lecciones de Español debidamente planificada.

La zorra y el leñador

Género literario: fábula



Autor: Esopo

Una zorra estaba siendo perseguida por unos cazadores cuando llegó al sitio de un leñador y le suplicó que la escondiera. El hombre le aconsejó que ingresara a su cabaña.

Casi de inmediato llegaron los cazadores, y le preguntaron al leñador si había visto a la zorra.

El leñador, con la voz les dijo que no, pero con su mano disimuladamente señalaba la cabaña donde se había escondido.

Los cazadores no comprendieron las señas de la mano y se confiaron únicamente en lo dicho con la palabra.

La zorra al verlos marcharse, salió silenciosa, sin decirle nada al leñador. Le reprochó el leñador por qué a pesar de haberla salvado, no le daba las gracias, a lo que la zorra respondió:

--Te hubiera dado las gracias si tus manos y tu boca hubieran dicho lo mismo.

No niegues con tus actos, lo que pregonas con tus palabras.

La zorra y la serpiente

Género literario: fábula



Autor: Esopo

Se encontraba una higuera a la orilla de un camino, y una zorra vio junto a ella una serpiente dormida.

Envidiando aquel cuerpo tan largo, y pensando en que podría igualarlo, se echó la zorra a tierra al lado de la serpiente e intentó estirarse cuanto pudo.

Tanto esfuerzo hizo, hasta que al fin, por vanidosa, se reventó.



No imites a los más grandes, si aún no tienes las condiciones para hacerlo.

A Margarita Debayle

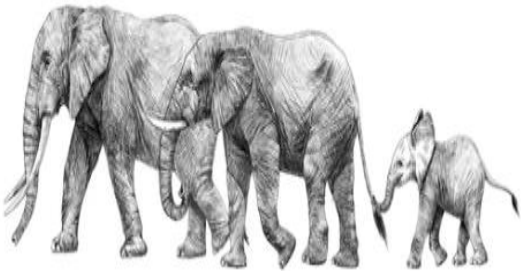
Género literario: poesía

Autor-Rubén Darío

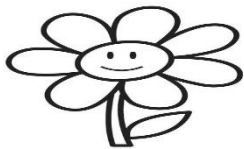
Margarita está linda la mar,
y el viento,
lleva esencia sutil de azahar;
yo siento
en el alma una alondra cantar;
tu acento:
Margarita, te voy a contar
un cuento:



Esto era un rey que tenía
un palacio de diamantes,
una tienda hecha de día
y un rebaño de elefantes,
un kiosko de malaquita,
un gran manto de tisú,
y una gentil princesita,
tan bonita,
Margarita,
tan bonita, como tú.



Una tarde, la princesa
vio una estrella aparecer;
la princesa era traviesa
y la quiso ir a coger.



decorar La quería para hacerla
un prendedor,
con un verso y una perla
y una pluma y una flor.

Las princesas primorosas
se parecen mucho a ti:
cortan lirios, cortan rosas,
cortan astros. Son así.



Pues se fue la niña bella,
bajo el cielo y sobre el mar,
a cortar la blanca estrella
que la hacía suspirar.

Y siguió camino arriba,
por la luna y más allá;
más lo malo es que ella iba
sin permiso de papá.



Cuando estuvo ya de vuelta
de los parques del Señor,
se miraba toda envuelta
en un dulce resplandor.

Y el rey dijo: «¿Qué te has hecho?
te he buscado y no te hallé;
y ¿qué tienes en el pecho
que encendido se te ve?».

La princesa no mentía.
Y así, dijo la verdad:
«Fui a cortar la estrella mía
a la azul inmensidad».

Y el rey clama: «¿No te he dicho
que el azul no hay que cortar?
¡Qué locura!, ¡Qué capricho!...
El Señor se va a enojar».



Y ella dice: «No hubo intento;
yo me fui no sé por qué.
Por las olas por el viento
fui a la estrella y la corté».

Y el papá dice enojado:
«Un castigo has de tener:



vuelve al cielo y lo robado
vas ahora a devolver».

La princesa se entristece
por su dulce flor de luz,
cuando entonces aparece
sonriendo el Buen Jesús.

Y así dice: «En mis campiñas
esa rosa le ofrecí;
son mis flores de las niñas
que al soñar piensan en mí».

Viste el rey pompas brillantes,
y luego hace desfilar
cuatrocientos elefantes
a la orilla de la mar.

La princesita está bella,
pues ya tiene el prendedor
en que lucen, con la estrella,
verso, perla, pluma y flor.

Margarita, está linda la mar,
y el viento
lleva esencia sutil de azahar:
tu aliento.

Ya que lejos de mí vas a estar,
guarda, niña, un gentil pensamiento
al que un día te quiso contar
un cuento.



Cuando el abuelo le dijo cómo era el arcoíris

Género literario: Poesía

Autor: Jorge Charpantier



Hoy no te oigo, abuelo.
Estás callado como un papel blanco.
Como cuando volvés de escuchar las cigarras,
esas que decís rasgan con su voz
la telaraña invisible de las estrellas.

Es que contemplo el rasguño de Dios
de montaña a montaña
y pienso en su dedo de pintor
que hace posible el arcoíris.

—¿Es un rasguño de Dios?

—Es más que eso,
es un arco sin flecha
que busca nuestra mirada.

—¿Un arco de colores?

—Sí. Sobre el cielo, detrás del cielo,
debajo del cielo.

El arcoíris es la señal de los poetas que
acompañan.

—¿Son como ángeles los poetas, abuelo?

—Son como ángeles.

Al atardecer asoman su alegría
por una ventana del cielo.



“Las Brujas del Puente Negro”

Género literario: leyenda

Autor: Frank Picado Picado

Muchas personas se preguntan, porque el “Puente Negro” construido en

1936, lo construyeron ahí, donde empieza el río Candelaria, pues lo que había era un trillo o camino de mulas, que unía a Loma Larga y a Bustamante por los bajos de la Minita, finca cafetalera; algunos manifiestan que los constructores del puente se equivocaron del lugar, otros expresan que fueron las brujas que los desviaron del camino y los llevaron a los bajos de Puente Negro. Puente de hamaca, que aún se mantiene intacto, pero muchas personas visitan este lugar para recordar las “Brujas de Puente Negro” que intermediaron para que el puente fuera construido donde está y no en otro lado, llamado así porque en la oscuridad, lo acompañan tres mujeres vestidas de negro, que lo hacen más negro y terrorífero.

Cuenta la leyenda que en ese lugar, salen tres brujas vestidas de negro, con pelo como bejuco y su nariz tan larga que al respirar le tira las hojas secas al que transita solo por la noche en ese lugar; es más hasta la oscuridad habla, el río hace ecos de horror y múltiples sonidos en los encinales, dictan la orden de que nadie se anima a pasar por ahí, por el famosísimo Puente Negro, porque estas tres brujas dominan y mandan el lugar; brujas que suplican con sus cantos piedad para que el que pasa; en noches de verano y de luna en su máximo esplendor, se observa una olla encendida con brazos rojizos, pues dicen que hacen procesiones, pasando el puente de hamaca de un lado a otro entre 6 pm., a 9 pm., de la noche, por aquello de que venga algún valiente a esas horas y la brujas lo devuelvan, como a los constructores del Puente Negro, puente que las brujas necesitaban para hacer sus procesiones de lado a lado del puente.



Cercas de púas en su corazón

Género literario: relato indígena

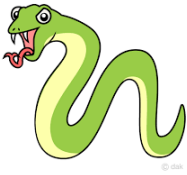
Autores: Severiano Fernández y Valeria Varas

¡Sibö es tan alegre! Disfrutó con todos la creación del mundo. Por esto, quiso que los hombres compartieran y cuidaran lo que él había creado. Para que esto siga así, dejó dicho: “La tierra es para producirla, no para acapararla; el fruto del trabajo es para repartirlo y servir a nuestros hermanos”. Él nos dio el aire que respiramos, las gotas de rocío que nos humedecen la cara, los ríos y mares de aguas fresquitas y la tierra con sus frutos para todas las personas. Para que se cumplieran sus deseos, ordenó que los hombres sabios dividieran la tierra en épocas de cultivos. Los ancianos repartían los campos de labranza entre las familias indígenas y la única frontera que conocían era el agua. El agua es alegre fresca, juguetona, corre por entre las piedras formando ríos. Los ríos no son eternos ni estáticos, varían su curso, cambian, se transforman; así, también, las fronteras de los hombres variaban.

De la misma manera, como los ancianos eran los encargados de repartir y vigilar los terrenos de cultivo Busúbulu –el rey de los animales- era el que cuidaba los animales que se casaban, éstos tampoco podían ser acaparados por pocos hombres, ni podían ser muertos sin un motivo mayor. Sibö había enseñado que los animales son nuestros hermanos y, como tales, debían ser cuidados, que el hombre y la naturaleza son uno solo, y que el día que desaparezca la naturaleza, desapareceremos todos con ella.

Esto, practicaron los cabécares por cientos de años, hasta que llegaron otros hombres y pusieron cercas a sus corazones. Llegaron gentes hablando de cultura, sin reconocer la que los cabécares tenían, les quitaron sus tierras, les pusieron alambres de púas a las fronteras y mataron los animales. Hoy Sibö está triste.

Texto extraído del libro Historias cabécares 1 de Severiano Fernández y Valeria Varas. 1989



Tío Conejo y Tía Boa

Género literario: cuento
Colección de cuentos viejos
Autora: María Leal de Noguera

Tío Conejo estaba muy preocupado porque era la tercera vez que había estado en un así de que se lo echara de un bocado Tía Boa. La había encontrado hecha una espiral entre el zacatito verde en donde él acostumbraba cenar, y creyéndola dormida no le hacía caso, pero cata que de pronto tía Boa se desenrollaba como por resorte, y si no hubiera sido porque Tío Conejo tenía buenas piernas, se lo habría tragado.

Se puso a pensar y va de pensar cómo haría para matarla; era tan larga, tan gruesa, que de solo verla le temblaba el cuerpo. Al fin le vino una idea. Tomó un saco de tela gruesa y se encaminó hacia la casa de tía Boa. Ella vivía en el hueco de un tronco carcomido de un viejo espabel que daba sombra a un ojo de agua.

Como si fuera con alguien, al acercarse al árbol se puso a decir, primero en voz alta y luego en voz más baja, diferente a la suya:

-¿A que alcanza?

¿A qué no alcanza? -¿A qué alcanza? -¿A qué no alcanza? -¿A qué sí?

¿A qué no?

¡Apostemos que sí!

¡Apostemos que no!

¡Hombre, que sí alcanza!

¡Hombre, no seas maceta, que Tía Boa es más larga que un camino y más gruesa que ese espabel; yo apostaría mi cabeza a que no alcanza!



¡Pues yo digo que sí alcanza! Al decir la última frase iba llegando Tío Conejo a la casa de Tía Boa, la cual dormía y a las voces se había despertado. Por fortuna estaba de buen humor, pues tenía en la panza un cariblanco que había bajado al ojo de agua; así es que estaba haciendo la digestión. Asomó la cabeza por el hueco y como viera a Tío Conejo, le preguntó: ¿ldiai, hombre, qué es esa algazara que traes, que me ha despertado?

–Pues señora, vaya viendo que ese porfiado de mi hermano (al mismo tiempo indicaba con el dedo detrás del árbol hacia unos matones, como si allí estuviera escondido el supuesto hermano) dice que apuesta a que usted no alcanza en este saco (mostró a la vez el saco a Tía Boa), y yo le digo que apostemos a que sí alcanza.

–Abre la boca al saco –dijo Tía Boa –para acomodarme dentro; así se convencerá ese porfiado y tú ganarás la apuesta.

Tío Conejo, mientras tanto, decía para sí:

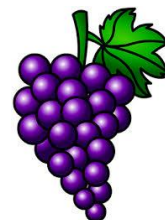
–¡Ay! . . . María Santísima, que no le den ganas a tía Boa de comerme.

Le temblaba todo el cuerpo, pero logró serenarse y abrió el saco, acomodándose en él la Tía Boa perfectamente. Sin pérdida de tiempo tomó Tío Conejo una cuerda que llevaba en el bolsillo, amarró con nudo ciego la boca al saco y de un empujón la echó al río.



Uvieta

Género literario: cuento Autora: Carmen Lyra
Cuentos de mi Tía Panchita



Pues señor, había una vez un viejito muy pobre que vivía solo, íngrimo, en su casita y se llamaba Uvieta. Un día le entró el repente de irse a rodar tierras, y diciendo y haciendo, se fue a la panadería y compró en pan el único diez que le bailaba en la bolsa. Entonces daban tamaños bollos a tres por diez y de un par que no era una coyunda como el de ahora, que hasta le duelen a uno las quijadas cuando lo come, sino tostadito por fuera y esponjado por dentro.

Volvió a su casa y se puso a acomodar sus tarantines, cuando tun, tun, la puerta. Fue a ver quién era y se encontró con un viejito tembeleque y vuelto una calamidad. El viejito le pidió una limosna y él le dio uno de sus bollos.

Se fue a acomodar los otros bollos en sus alforjitas, cuando otra vez, tun, tun, la puerta. Abrió y era una viejita toda tulencia y con cara de estar en ayunas. Le pidió una limosna y él le dio otro bollo. Dio una vuelta por la casa, se echó las alforjas al hombro y ya iba para afuera, cuando otra vez, tun, tun, la puerta.

Esta vez era un chiquito, con la cara chorreada, sucio y con el vestido hecho tasajos y flaco como una lombriz. No le quedó más remedio que darle el último bollo. —¡Qué caray! A nadie le falta Dios.

Y ya sin bastimento, cogió el camino y se fue a rodar tierras. Allá al mucho andar encontró una quebrada. El pobre Uvieta tenía un hambre que se la mandaba Dios Padre, pero como no llevaba qué comer, se fue a la quebrada a engañar la tripa echándole agua. En eso se le apareció el viejito que le fue a pedir limosna y le dijo:

—Uvieta, que manda a decir Nuestro Señor, que qué querés; que le pidás cuanto se te antoje. Él está muy agradecido con vos porque nos socorriste; porque mirá, Uvieta, los que fuimos a pedirte limosna éramos las Tres Divinas Personas: Jesús, María y José. Yo soy José. ¡Con que decí vos! ¡Cómo estarán por Allá con Uvieta! Si se pasan con que Uvieta arriba, Uvieta abajo, Uvieta por aquí y Uvieta por allá.

Uvieta se puso a pensar qué cosa pediría y al fin dijo: —Pues andá decile que me mande un saco donde vayan a parar las cosas que yo deseo. San José salió como un cachiflín para el Cielo y a poco estuvo de vuelta con el saco. Uvieta se lo echó al hombro. En esto iba pasando una mujer con una batea llena de quesadillas en la cabeza.

Uvieta dijo: —Vengan esas quesadillas a mi saco.

Y las quesadillas vinieron a parar al saco de Uvieta, quien se sentó junto a la cerca y se las zampó en un momento y todavía se quedó buscando.

Volvió a coger el camino y allá al mucho andar, se encontró con la viejita que le había pedido limosna. La viejita le dijo: —Uvieta, que manda decir Nuestro Señor, mi Hijo, que si se te ofrece algo, se lo pidás.

Uvieta no era nada ambicioso y contestó: —No, Mariquita, dígale que muchas gracias, con el saco tengo. Panza llena, corazón contento. ¿Qué más quiero? La Virgen se puso a suplicarle: —¡Jesús, Uvieta, no seas malagradecido! No me despreciés a mí.

¡Ajá, a José sí pudiste pedirle, y a mí que me muerda un burro!

Entonces a Uvieta le pareció muy feo despreciar a Nuestra Señora y le dijo: —Pues bueno: como yo me llamo Uvieta, que me siembre allá en casa un palito de uvas y que quien se suba a él no se pueda bajar sin mi permiso.

La Virgen le contestó que ya lo podía dar por hecho y se despidió de Uvieta. Este siguió su camino y encontró otra quebrada. Le dieron ganas de beber agua y se acercó. En la corriente vio pasar muchos pececitos muy gordos. Como tenía hambre dijo: —Vengan estos peces ya compuesticos en salsa a mi saco. Y de veras el saco se llenó de pescados compuestos en una salsa tan rica, que era cosa de reventar comiéndolos.

Después siguió su camino y le salió un viejito que le dijo: —Uvieta, que manda a decir Nuestro Señor que si se te ofrece algo. Él no viene en persona porque no es conveniente, vos ves... ¡Al fin

Él es Quien es! ¡Que parecía que Él tuviera que repicar y andar la procesión!

—Yo no quiero nada —respondió Uvieta.

—¡No seas sapance, hombre! Pedí, que en la Gloria andan con vos ten que ten. No te andés con que te da pena y pedí lo que se te antoje, que bien lo merecés.

“¡Ay, qué santico este más pelotero!”, pensó Uvieta y quería seguir su camino, pero el otro detrás con su necedad y por quitarse aquel sinapismo de encima, le dijo Uvieta: —Bueno es el culantro pero no tanto: ¡Ave María! ¡Tantas aquellas por unos bollos de pan! Bueno, pues decile a Nuestro Señor que lo que deseo es que me deje morirme a la hora que a mí me dé la gana. Pero no siguió adelante, porque quiso ir a ver si de veras le habían sembrado el palito de uva, y se devolvió.

Anda y anda hasta que llegó, y no era mentira: allí en el solarcito estaba el palo de uva que daba gusto. Al verlo, Uvieta se puso que no cabía en los calzones de la contentera.

Bueno, pasaron los días y Uvieta vuelto turumba con su palo de uvas. Y nadie le cachaba. Ya todo el mundo sabía que el que se encaramaba en el palo de uva no podía bajar sin permiso de Uvieta.

Un día pensó Nuestro Señor: —¡Qué engreidito que está Uvieta con su palo de uva! Pues después de un gustazo, un trancazo —y Tatica Dios llamó a la Muerte y le dijo:— Andá jalámele el mecate a aquel cristiano, que ya ni se acuerda de que hay Dios en los Cielos por estar pensando en su palo de uvas.

Y la Muerte, que es muy sácalas con Tatica Dios, bajó en una estampida. Llegó donde Uvieta y tocó la puerta. Salió el otro y se va encontrando con mi señora. Pero no se dio por medio menos y como si la viera todos los días, le dijo:

—¡Adiós trabajos! ¿Y eso qué anda haciendo, comadrita?

—Pues que me manda Nuestro Señor por vos.

—¿Idiay, pues no quedamos en que yo me iría para el otro lado cuando a mí me diera la gana?

—No sé, no sé —contestó la Muerte—. Donde manda capitán no manda marinero.

“¡Ay! Como no se le vaya a volver la venada careta a Nuestro Señor”, pensó Uvieta.

—Bueno, comadrita, pase adelante y se sienta, mientras voy a doblar los petates.

La Muerte entró y Uvieta la sentó de modo que viera para el palo de uva que estaba que se venía abajo de uvas. —¡Aviaos que no le fueran a dar ganas de probarlas! —la Muerte al verlo no pudo menos que decir: ¡Qué hermosura, Uvieta!

Y el confisgado de Uvieta, que se hacía el que estaba doblando los petates, le respondió: —¿Por qué no se sube, comadrita, y come hasta que no le quepan?

La otra no se hizo de rogar y se encaramó.

Verla arriba Uvieta y comenzar a carcajearse como un descosido, fue uno.

—Lo que el sapo quería, comadrita —le gritó—. A ver si se apea de allí hasta que a mí me dé mi regalada gana.

La Muerte quería bajar, pero no podía, y allí se estuvo y fueron pasando los años y nadie se moría.

Ya la gente no cabía en la Tierra, y los viejos caducando andaban dundos por todas partes, y Nuestro Señor como agua para chocolate con Uvieta, y recados van y recados vienen: hoy mandaba al gigantón de San Cristóbal, mañana a San Luis rey, pasado mañana a San Miguel Arcángel con asíespada: —Que Uvieta, que manda a decir Nuestro Señor que dejés apearse a la Muerte del palo de uva, que si no vas a ver la que le va a pasar. Y otro día: —Uvieta, que dice Nuestro Señor que por vida tuyita, dejés apearse a la Muerte del palo de uva.

Y otro día: —Uvieta, que dice Nuestro Señor que no te vas a quedar riendo, que vas a ver.

Pero a él por un oído le entraba y por otro le salía. Y Uvieta decía: —¡Ah sí, por sapo que la deajo apearse!

Por fin Tatica Dios le mandó a decir que dejara bajar la Muerte y que le prometía que a él no se lo llevaría.

Entonces Uvieta dejó bajar a la Muerte, quien subió escupida a ponerse a las órdenes de Dios.

Pero Nuestro Señor no había quedado nada cómodo con Uvieta y mandó al Diablo por él.

Llegó el Diablo y tocó la puerta: —Upe, Uvieta.

Él preguntó de adentro: —¿Quién es?

Y el otro por broma le contestó: —La vieja Inés con las patas al revés.

Pero a Uvieta le sonó muy fea aquella voz: era como si hablaran entre un barril y al mismo tiempo reventaran triquitraques. Se asomó por el hueco de la cerradura y al ver al Diablo se quedó chiquitico.

—¡Ni por la jurisca! ¡Si es el Malo! ¡Seguro que lo mandan por mí, por lo que le hice a la Muerte, ni más ni menos! ¿Ahora qué hago?

Pero en esto se le ocurrió una idea y corrió a su baúl, sacó su saco, abrió la puerta y sin dejar chistar al otro, dijo: —¡Al saco el Diablo!

Y cuando el pisuicas se percató, estaba entre el saco de Uvieta.

Cuentos de mi tía Panchita

—¡Ahora sí, tío Coles –le gritó Uvieta–, vas a ver la que te vas a sacar por andar de cucharilla!

El demonio se puso a meterle una larga y otra corta, pero Uvieta le dijo: —¡Ah sí! ¡que te la crea pizote! –y cogió un palo y le arrió sin misericordia, hasta que lo hizo polvo.

A los gritos tuvo que mandar Nuestro Señor a ver qué pasaba. Cuando lo supo, prometió a Uvieta que si dejaba de pegar al diablo, a él nada le pasaría. Uvieta dejó de dar y Nuestro Señor se vio a palitos para volver a hacer al Diablo de aquel montón de polvo.

Y el Patas salió que se quebraba para el infierno.

Ya Nuestro Señor estaba a jarros con Uvieta y mandó otra vez a la Muerte: que no se anduviera con contumerias, no se dejara meter con versona. — Agárralo ojalá dormido y me lo traés. Mirá que si otra vez te dejás engañar, quedás en los petates conmigo.

A la Muerte le entró vergüencilla y siguiendo los consejos de Nuestro Amo, bajó de noche y cuando Uvieta estaba bien privado, lo cogió de las mechas, arrió con él para el otro mundo y lo dejó en la puerta de la Gloria para que allí hicieran con él lo que les diera la gana.

Cuando San Pedro abrió la puerta por la mañana, se va encontrando con mi señor de clucas cerca de la puerta y como con abejón en el buche. San Pedro le preguntó quién era, y al oír que Uvieta, le hizo la cruz. Si no hubiera estado en aquel sagrado lugar, le habría dicho: “¡Te me vas de aquí, puñetero!”. Pero como estaba, y además él es un santo muy comedido, le dijo:

—¡Te me vas de aquí, que bastante le has regado las bilis a Nuestro Señor!

—¿Y para dónde cojo?

—¿Para dónde? Pues para el infierno, pero es ya, con el ya.

Uvieta cogió el camino del infierno. El Diablo se estaba paseando por el corredor. Ver a Uvieta y salir despavorido para adentro, fue uno. Además atrancó bien la puerta y llamó a todos los diablos para que trajeran cuanto chunche encontraran y lo pusieran contra la puerta, porque allí estaba Uvieta el hombre que lo había hecho polvo.

Uvieta llegó y llamó como antes usaban llamar las gentes cuando llegaban a una casa: —¡Ave María Purísima! ¡Ave María Purísima! —por supuesto que al oír esto, los demonios se pusieron como si les mentaran la mama.

Y allí estuvo el otro como tres días, dándole a la puerta y ¡Ave María Purísima! ¡Ave María Purísima!

Como no le abrían, se devolvió. Cuando iba pasando frente a la puerta del Cielo, le dijo San Pedro:

—¿Idiay, Uvieta, todavía andás pajareando?

—¿Idiay, qué quiere que haga? Allí estoy hace tres días dándole a aquella puerta y no me abren.

—¿Y eso qué será? ¿Cómo llamás vos?

—¿Yo? Pues: ¡Ave María Purísima! ¡Ave María Purísima!

La Virgen estaba en el patio dando de comer a unas gallinas que le habían regalado, con el pico y las patitas de oro y que ponían huevos de oro. Cuando oyó decir: ¡Ave María Purísima!, se asomó creyendo que la llamaban. Al ver a Uvieta se puso muy contenta.

—¿Qué hace Dios de esa vida, Uvieta? Entre para adentro.

San Pedro no se atrevió a contradecir a María Santísima y Uvieta se metió muy orondo a la Gloria y yo me meto por un huequito y me salgo por otro para que ustedes me cuenten otro.

El Pájaro Dulce Encanto

Cuentos de Tía Panchita

Género literario: cuento

Autora: Lyra, Carmen

Había una vez un rey ciego, como el de “La Flor del Olivar”, quien también tenía tres hijos. Muchos médicos lo vieron y muchas promesas llevaban hechas él, la reina y sus hijos, pero los ojos no daban trazas de ver. Había una viejecilla curandera que era bruja y tenía fama porque había hecho algunas curaciones que los doctores no habían conseguido. Por un si acaso, la hicieron venir al palacio, y ella dijo que se dejaran de ruidos y que buscaran el Pájaro Dulce Encanto y le pasaran la cola al rey por los ojos: que este Pájaro estaba en poder del rey de un país muy lejano; eso sí, que se la pasara el mismo que lograba apoderarse del pájaro.

Los tres hijos del rey se dispusieron a ir a testear la medicina, y el rey prometió que el trono sería para aquel que la trajera. Los tres partieron el mismo día: el mayor por la mañana, el siguiente a mediodía y el menor por la tarde, cada uno en un buen caballo y bien provistos de dinero. Al salir el mayor de la ciudad, vio un a grupo de gente a la entrada de una iglesia

—¿Y adónde vas Vicente? Al ruido de la gente —se acercó a ver qué era, y se encontró con un muerto tirado en las gradas y uno de los del grupo le contó que lo habían dejado allí porque no tenían con qué enterrarlo, y que el padre no quería cantarles unos responsos si no había quién le pagara.

—¡A mí qué...! —dijo el príncipe y siguió su camino. A mediodía, cuando pasó el otro, vio a la entrada de la iglesia al pobre difunto que todavía no había hallado quién lo enterrara.

—Eso a mí no me va ni me viene —dijo el príncipe y siguió su camino. Cuando el menor pasó en la tarde, todavía estaba allí el cadáver, medio hediondo ya, y las gentes que miraban tenían que estar espantando los perros y los zopilotes que querían acercarse a hacer una fiesta con el muerto. Al príncipe se le movió el corazón y pagó a unos para que fueran a comprar un buen ataúd y él en persona buscó al padre para que le cantara los responsos; fue a ayudar a abrir la sepultura y no siguió su camino sino hasta que dejó al otro tranquilo bajo tierra. A poco andar, le cogió la noche en un lugar despoblado. De repente vio desprenderse de una cerca una luz del tamaño de una naranja, que se fue yendo a encontrarlo y que por fin se le puso al frente. Al príncipe se le pararon toditos los pelos y preguntó más muerto que vivo:

—De parte de Dios todopoderoso, di, ¿quién eres? Y una voz que parecía salir de un jucó, le respondió:

—Soy el alma de aquel que hoy enterraste y que viene a ayudarte. No tengas miedo, yo te llevaré adonde está el Pájaro Dulce Encanto. No tenés más que ir siguiéndome. Eso sí, no podés caminar de día. Al joven se le fue volviendo el alma al cuerpo y siguió a la luz. Hizo como ella le dijo y descansaba de día. A los dos días ya no le tenía miedo y más bien deseaba que se le llegara la noche. Y a la semana ya eran muy buenos amigos. Anda y anda, por fin llegaron al reino donde estaba el Pájaro.

La luz le dijo que a la medianoche se fuera a pasear frente a los jardines del palacio y que se metiera en ellos por donde la viera brillar. Así lo hizo y a medianoche entró a los jardines y echó a andar detrás de la luz, que lo pasó frente a los soldados dormidos y lo metió en el palacio sin que nadie lo sintiera. Llegaron por fin a un gran salón de cristal iluminado por una lámpara muy grande que era como ver la luna, todo, adornado con grandes macetas de oro en que crecían rosales que daban rosas tintas, y el príncipe se quedó maravillado al ver los miles de rosas que se veían entre las hojas verdes.

El suelo estaba alfombrado de rosas deshojadas y se sentía aquel aroma que despedían las flores que daba gusto, y en una jaula de alambres de oro en los que había ensartados rubíes del tamaño de una bellota de café, colgada del cielo raso, y muy alta, estaba el Pájaro Dulce Encanto, que era así como del tamaño de un yigüirro pero con la pluma blanca, con un copetico y las patas del color del coral. Cuando entró el príncipe, comenzó a cantar y el joven creía que entre las matas estaban escondidos músicos muy buenos que tocaban flautas y violines. Y así se habrían quedado sin acordarse de más nada, si la luz no le hubiera llamado la atención:

—¿Idiay, hombré, ya olvidaste a lo que venías? A ver si vas al cuarto que sigue, que es el comedor y te alcanzás cuanta mesa y silla encontrés. Así lo hizo y cuando trajo todos los muebles que había, los fue colocando uno encima de otro para alcanzar el Pájaro. Con mil y tantos trabajos, se fue encaramando por aquella especie de escalera y ya estaba estirando el brazo para coger la jaula, cuando todo se le vino abajo, haciendo por supuesto un gran escándalo. A la bulla, hasta el rey se levantó y corrió medio dormido y chingo a ver qué pasaba. Y van encontrando a mi señor debajo de todo, golpeado y hecho un ¡jay, de mí! Lo sacaron y lo hicieron confesar por qué estaba allí. El rey lo mandó encalabozar y que lo tuvieran a pan y agua. Cuando estaba en el calabozo, se le apareció la luz y le aconsejó que no se afligiera.

A los días lo mandó a llamar el rey y le dijo que se le devolvería la libertad y le daría el Pájaro, si le conseguía un caballo que él quería mucho y que le había robado un gigante. El príncipe le contestó que otro día le daría la respuesta. En la noche llegó la luz y le aconsejó que dijera que bueno.

Dicho y hecho, la luz lo guió hasta que llegaron al potrero donde el gigante guardaba el caballo. Escondido entre una zanja, esperó que amaneciera. Apenas comenzaron las claras del día, salió el gigante del potrero caracoleando el caballo, que por cierto era el caballo más hermoso del mundo: negro, como de raso, con una estrella en la frente y con las patas blancas. Ya la luz le había aconsejado que apenas los viera salir, entrara al potrero y subiera a un palo de mango muy coposo que había en el centro; que esperara allí hasta que regresara el gigante en la noche, y cuando este tuviera los ojos cerrados no se fiara porque no estaba dormido, sino cuando los tuviera de par en par y que entonces debería aprovechar para robar el caballo.

Además le contó que el caballo tenía en la paletilla derecha una tuerca y que le diera vueltas a esta tuerca y que vería. Pues bueno, en la noche volvió el gigante y seguramente venía muy cansado, porque no hizo más que medio amarrar el caballo del tronco del árbol, le aflojó la cincha y él se tiró a su lado. Comenzó a roncar, pero el príncipe se fijó en que tenía los ojos cerrados; pero a poco los ronquidos fueron más, más débiles, y el príncipe vio que tenía un ojo cerrado y otro abierto; por fin cesaron los ronquidos y el gigante tenía los ojos de par en par, unos ojazos más grandes que las ruedas de una carreta. Poquito a poco se fue bajando y desamarró el caballo. Pero este animal hablaba como un cristiano y gritó:

—¡Amo, amo, que me roban! —de un brinco se levantó el gigante. El joven se quedó chiquitico entre unas ramas. El gigante miró por todos lados y gritó: — ¿Quién te roba? ¡Nadie te roba! Luego se volvió a dejar caer y a poco abrió los ojos. Vuelta otra vez a bajar poquito a poco, puso una mano en la cabeza del caballo e intentó montar, pero el animal gritó otra vez:

—¡Amo, amo, que me roban! De nuevo se recordó el gigante, pero no vio a nadie. Con cólera le contestó:

—¿Quién te roba? ¡Nadie te roba! ¡Si me vuelves a decir que te roban, te mato! Así que el príncipe vio al gigante con los ojos abiertos, muy resuelto se acercó al caballo, que esta vez no chistó. Entonces lo montó, le apretó la tuerca y el caballo salió volando. La luz había dicho al príncipe que antes de entrar en la ciudad volviera a apretar la tuerca para que el caballo descendiera, y que no se diera por entendido con el rey que sabía aquella cualidad de la bestia. Lo hizo así, y el rey lo recibió muy contento, pero el muy mala fe le dijo que todavía no le daría el Pájaro, sino cuando le trajera su hija, que había sido robada por el mismo gigante. El joven no quiso contestar nada sino hasta que habló con la luz, quien le dijo que aceptara.

A la noche siguiente partieron y llegaron al palacio del gigante. La luz le aconsejó que llevara el caballo y que lo dejara amarrado entre un bosque

cercano al palacio. Él debería subir por una enredadera hasta una ventana iluminada, que era la ventana del comedor. A aquellas horas deberían estar cenando. Cuando viera que el gigante había bebido mucho vino y dejara caer la cabeza sobre la mesa, debía tirar unos terroncillos a la niña y le haría señas para que se acercara y lo siguiera.

Todo pasó dichosamente, porque el gigante se puso una buena juma y la princesa, que deseaba con toda su alma salir de las garras de aquel bruto, no dudó ni un minuto en seguir al joven que le pareció muy galán. Al príncipe también le pareció muy linda la niña y al punto se enamoró de ella. El caso es que los dos se gustaron. Sin ninguna novedad llegaron al palacio, pero el rey, que era de muy mala fe, le dijo que le pidiera cualquier otra cosa, pero que el Pájaro no se lo daba. Entonces la luz le aconsejó que le pidiera que lo dejara dar tres vueltas por la plaza montado en el caballo, con la niña por delante y el Pájaro en su jaula en una mano. El rey convino, y para estar seguro, puso soldados en todas las bocacalles que daban a la plaza.

El príncipe salió muy en ello a caballo con la niña y el Pájaro. Dio dos vueltas muy honradamente, pero al ir a acabar la tercera, apretó la tuerca y el caballo salió por los aires, y al poco rato desapareció entre las nubes. Por supuesto que el rey se quedó jalándose las mechas y diciendo que bien merecido se lo tenía por tonto. A él no le había pasado por la imaginación que el príncipe supiera lo de la tuerca. Bueno, pues, el joven, al llegar a su país, apretó la tuerca, y el caballo bajó. Al pasar por una ciudad encontró a sus dos hermanos todos dados a la mala fortuna, que se habían engringolado en unas fiestas, se habían quedado sin un cinco y no sabían con qué cara llegar donde su padre.

Los dos hermanos sintieron una gran envidia por la suerte de su hermano menor que traía no solo el Pájaro sino a una linda princesa y un caballo maravilloso. El joven los invitó a volver con él, pero ellos se negaron. Eso sí, le rogaron que les aceptara el convite que le hacían de ir a almorzar a un lugar en las afueras de la población. Él, sin malicia, aceptó enseguida. Ellos hicieron beber al príncipe y a la princesa una bebida que era un narcótico, y cuando estuvieron sin conocimiento, se llevaron al joven y lo echaron en un precipicio. Cuando la niña despertó, le dijeron que él se había ido a parrandear en unas fiestas que se celebraban en un pueblo vecino y que la había dejado abandonada. Pero que ellos no la desampararían y se la llevarían al palacio de su padre.

Volviéron a su casa y el rey y la reina se alegraron, y ellos para que no supieran por qué el menor no aparecía, lo pusieron en mal, y les hicieron creer que ellos habían sido los de todo el trabajo y que la princesa era una niña loca que habían recogido en el camino. Pero no pudieron conseguir que el

rey repartiera el reino entre los dos, porque le pasaron la cola del Pájaro Dulce Encanto y no surtió ningún efecto: el rey quedó tan ciego como antes.

Quiso Dios que la luz libró al joven de que no rodara entre el precipicio, sino que una rama lo agarró por el vestido y unos carreteros que pasaban lo oyeron gritar, se acercaron y lo ayudaron a salir de allí. Les dijo quién era y como se había hecho algunas heridas y no podía caminar, ellos mismos lo llevaron al palacio del rey y a los cuatro días fueron llegando con él. La princesa, que no había vuelto a hablar de la tristeza de la ausencia del joven, al verlo, se puso feliz; y el Pájaro que no había vuelto a cantar, llenó el palacio con sus flautas y violines. Pero el rey y la reina estaban muy enojados contra su hijo menor por los cuentos con que sus hermanos mayores habían venido, y no querían recibirlo.

Él, entonces, contó lo que le había ocurrido; los carreteros atestiguaron; además el joven, para probar que era él quien había conseguido el Pájaro, lo cogió y pasó su cola por los ojos del rey, quien enseguida quedó con unos ojos tan buenos que le podían hacer frente a la luz del sol. Se conocieron las mentiras de los hermanos envidiosos, pero el príncipe que era un buenazo de Dios, no permitió que los castigaran, los abrazó y compartió el reino con ellos. Él se casó con la princesa, quien colgó de su ventana la jaula con el Pájaro Dulce Encanto, que diario tenía aquello hecho una retreta. Cuando la luz vio feliz y tranquilo a su amigo, vino a decirle adiós. Mucho sintió el príncipe esta separación, pero la luz le dijo:

—Ya cumplí, ya te demostré mi gratitud. Adiós y ahora hasta nos volvamos a ver en la otra vida.

Y me meto por un huequito y me salgo por otro, para que ustedes me cuenten otro.